

LA FUNCIÓN DE LOS PADRES EN LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER DEL NIÑO.

Dr. Gustavo L. Chiozza

La formación del carácter:

Para la teoría psicoanalítica, la vida anímica está formada por un conjunto de procesos que, en su mayoría, son inconcientes; la conciencia sólo registra la última parte de algunos de estos procesos. De modo que lo que nos proponemos, pensamos, deseamos y sentimos, sin que lo sepamos, está determinado por otros propósitos, otros pensamientos, otros deseos y otros afectos de los que no tenemos ninguna noticia. A esto lo llamamos *determinismo psíquico*.

Una parte muy importante de esa vida anímica inconciente se gestó en nuestro pasado a través de las experiencias que vivimos y del modo en que, en su momento, fuimos capaces de procesarlas. Así, nuestros deseos y propósitos actuales están conectados y determinados por antiguos deseos insatisfechos; incluso nuestra manera de pensar sobre determinada cuestión, sigue el modelo de lo que, en su momento y en otras circunstancias, fuimos capaces de pensar. En otras palabras, más allá de lo que podamos apreciar conscientemente, nuestra manera de ser está forjada en las experiencias que nos marcaron. Es lo que llamamos el *carácter*.

Aquellas experiencias que pudimos atravesar de manera eficaz nos dejaron un residuo de confianza en nosotros mismos como para enfrentar y superar obstáculos similares. Lo que llamamos *autoestima* se nutre del éxito que tenemos en el trato con las dificultades que la vida nos presenta. Crece si podemos soportarlas; crece más, si podemos superarlas. A diferencia del resultado directo que logramos en el trato con la realidad, lo que podamos recibir de los seres significativos –el amor, el cariño, la envidia o la admiración– siempre puede ser puesto en duda. Con razón o sin ella, siempre podemos sentir que no lo merecemos; considerarlo como resultado de un engaño de nuestra parte o un error de apreciación de quien nos valora. Por esto, a mi entender, el amor que recibimos (el «amor del objeto», como lo llamamos en la teoría) es menos una fuente de autoestima que una *consecuencia* de esta. Solo nos sentiremos merecedores de ese amor si estamos seguros de haberlo ganado en buena ley. Equivocados o no, sólo nos podemos sentir verdaderamente amados a partir del amor y el respeto que nos tengamos a nosotros mismos.

Lo contrario sucede con aquellas experiencias en las que nos sentimos superados y que no pudimos resolver eficazmente. Llamamos *traumas* a estas experiencias porque nos dejaron un sentimiento de fracaso, debilidad y frustración; de que no fuimos todo lo capaces que creíamos, debíamos y queríamos. Esta vivencia de que nos faltó *poder* –en todas las acepciones del término– es el exacto contrario de la autoestima. Muchos autores, a partir de Freud, llaman a esto, en sentido amplio, *castración*. Nosotros, a partir de Chiozza, preferimos hablar directamente de *estar en falta* porque nos parece más preciso y menos equívoco. Nos parece que enfatiza la idea de que «hay algo pendiente»; de que constituye «una herida abierta».

Poder hacer el duelo por la falta, significa poder resignarnos y aceptar lo que realmente pudimos. Si somos capaces de hacer el duelo, recuperamos una cuota de autoestima; sentimos que lo que no pudimos superar, al menos lo podemos soportar. Pero si no podemos hacer el duelo, la sensación de falta se mantiene y ya no podemos sentirnos en paz si no intentamos solucionarla. Por eso, a pesar de que las experiencias que nos dejaron en falta son, justamente, las más feas y dolorosas –aquellas que menos quisiéramos repetir–, una parte de nosotros mismos, *necesita* repetirlas para poder darles un mejor desenlace. El aprendiz de jinete que se cae del caballo –además del golpe en el cuerpo y en el orgullo–, tiene dos difíciles opciones por delante: aceptar que no nació para ser jinete, o subirse otra vez al caballo, tantas veces como sea necesario.

Si no puede soportar la primera opción, ni tampoco enfrentar la segunda, una tercera opción defensiva –que lo aleja de la realidad de las cosas– es *restarle importancia* al asunto. Decirse a sí mismo «no es que no puedo, sino que no me interesa». Llamamos a esto *represión* y, a partir de ella, quedan inconcientes (a) el sentimiento de estar en falta, (b) la experiencia dolorosa que generó la falta y (c) la necesidad de repetir esa experiencia. Los traumas son, entonces, experiencias que conscientemente queremos evitar, pero que inconcientemente necesitamos repetir.

Una niña que no pudo elaborar bien sus sentimientos de rivalidad hacia su madre ni sus sentimientos de celos y exclusión con su padre, se convierte en una mujer que sólo se siente atraída por hombres casados con los que vuelve a experimentar, una y otra vez, el mismo sufrimiento del pasado. Hay en ella algo que es más fuerte que su voluntad, su conveniencia o los buenos consejos que pueda recibir; una imperiosa necesidad inconciente de retomar la batalla en el punto en donde la dejó. Poder ahora lo que antes no pudo y así, cambiar la historia.

Lo que siente que le faltó es poder vencer a la madre y quedarse con el padre; y lo que siente que ahora le falta es encontrar una digna rival a la que poder vencer quitándole a su hombre. Esa es su esperanza: poder corregir esa falta; no puede

estar en paz si no lo consigue.... Pero solo consigue repetir el mismo sufrimiento. Una y otra vez...

Bien puede suceder que sus amigos lo vean claro, pero ella, no. Ella siente que el «destino», como antes hiciera su madre, se ha ensañado con ella. Lo siente injusto, pero también, dentro de ella siente que es un merecido castigo por sus deseos de robo. Se siente estafada y, a la vez, culpable; como se sintió de chica. Odio, celos, exclusión, envidia, culpa, castración, castigo, falta... Más de lo mismo.

En una medida que es variable según momentos y circunstancias, y que depende de cuánto predomine el aspecto neurótico del carácter, el vínculo con el amante y su esposa pasa a representar las vicisitudes de sus experiencias pasadas con sus padres. En esa misma medida, su amante deja de ser, para ella, una «persona real», con sus propias cualidades, para convertirse en el *personaje* de una historia; un simple arquetipo. Por ejemplo, si su amante accediera a divorciarse y casarse con ella, podría suceder –como de hecho se observa frecuentemente– que sus sentimientos de celos y exclusión cambien poco y nada; bien puede sentir que la vencedora sigue siendo la ex-esposa. O quizás la rival pasa a ser la hija de su marido o su secretaria. De manera que, elija el amante que elija y haga este lo que haga, la mujer de nuestro ejemplo pondrá mucho empeño en que todo vaya a parar al mismo lugar. Como si su manera de ser actuara como un embudo que, sin importar donde tiremos el agua, esta sale siempre por el mismo agujero.

Si en cambio, el agua cayera *fuera* del embudo, lo más probable es que la mujer de nuestro ejemplo, no pudiendo ya sentirse celosa ni excluida, pierda todo interés por un hombre que ya no pertenece a ninguna otra mujer. Como si algo en su inconciente le dijera «si de veras te prefiere, entonces te equivocaste de persona; este no es tu padre». En otras palabras, ella necesita que su amante sea un *personaje* de su historia pasada; y como tal, solo le sirve mientras se atenga al «guión» de esa historia. Si no lo hace, el *casting* debe recomenzar.

Es cierto que repetimos para cambiar; pero como los verdaderos motivos que nos llevan a repetir son inconcientes, lo que suele suceder es que el intento de cambio no vaya más allá de la repetición. Entonces sentimos que nuestra vida está regida por un destino inmutable. Para peor, cada nueva repetición alimenta más la falta, consolidando más y más, ese aspecto del carácter. Podemos representarnos al carácter como un tornado que hace que todo lo que toca comience a girar hasta llegar a su mismo centro, que no es otro que la repetición traumática de la falta.

Es cierto que la vida puede depararnos experiencias muy particulares que nos permiten corregir ciertos aspectos de nuestro carácter; pero esto sucede con muy poca frecuencia. Lo que más frecuentemente se observa es que los rasgos de carácter –sobre todo aquellos que funcionan peor–, se consoliden con el paso del

tiempo y funcionen cada vez peor. Empeorar siempre es más fácil que mejorar; y es casi imposible mejorar si no tenemos conciente qué es lo que hacemos mal.

En síntesis: el carácter se consolida a partir de lo vivido y hace que enfrentemos el presente siguiendo el modelo de lo pasado. Lo que en el pasado pudimos soportar o superar funciona como una herramienta adecuada para enfrentar el presente; es lo que llamamos «experiencia» en el sentido de «sabiduría». Lo que nos faltó resolver funciona, al revés, como una «ceguera»; una visión distorsionada del presente que nos lleva a confundir lo que es, con lo que fue y actuar inadecuadamente. El carácter es, entonces, *repetición... inercia...* Lo que funcionó bien favorece un círculo virtuoso y lo que funcionó mal, un círculo vicioso.

El análisis del carácter:

El psicoanálisis, como método terapéutico, se propone modificar el carácter del paciente en los aspectos que le impiden vivir mejor, y lo conducen a un sufrimiento innecesario e inútil; un sufrimiento que, sin saberlo, él se provoca a sí mismo. (Por eso en psicoanálisis el término *carácter* muchas veces se usa –de manera abreviada y un tanto inexacta– sólo para referirse a los aspectos que funcionan mal.)

El resultado que persigue este tratamiento también puede expresarse diciendo que intentamos poner al paciente en las mejores condiciones posibles para enfrentar las dificultades propias de la vida; para soportar el sufrimiento que verdaderamente es inevitable; aquel que, enfocado como tal –sin las connotaciones que agrega la neurosis de crueldad, injusticia, culpa o castigo– puede incluso resultar constructivo... madurativo... enriquecedor...

El camino por el cual el tratamiento psicoanalítico se propone alcanzar este objetivo ha sido descrito de dos maneras que son opuestas y, a la vez, complementarias, la una de la otra. Las primeras descripciones ponían el énfasis en el *recordar*. Es decir, traer a la conciencia esas experiencias reprimidas que, desde lo inconciente, determinan nuestra manera de ser. Para lograr esto, el analista debe descubrir lo reprimido a través de sus retoños concientes y comunicárselo al paciente por medio de interpretaciones que él pueda comprender y aceptar.

A poco de recorrer este camino terapéutico, se hizo evidente la importancia del otro aspecto, sin el cual, el objetivo no podía alcanzarse: el paciente no solo debía recordar sino, sobre todo, *revivir*. El psicoanálisis no solo cura por lo que el analista dice, sino también por lo que el analista *hace*. El vínculo que paciente y analista establecen entre sí, en las condiciones acotadas del encuadre psicoanalítico, debe

proveer esa experiencia correctora que solo en raros casos la vida nos depara espontáneamente.

Expliquémoslo mejor: El paciente tiene un modo particular de vincularse con las distintas personas determinado por su carácter, y el vínculo que establece con el analista no es una excepción. La mujer de nuestro ejemplo anterior seguramente proyectará sobre una analista mujer a la figura de la madre rival y sobre un analista hombre, la figura del padre que la seduce y la frustra; que prefiere a la madre, que la excluye y la hace sentir celosa. Llamamos a esto *transferencia*, ya que lo consideramos un intento forzado de repetir con los objetos del presente, los vínculos del pasado.

Sin embargo, el vínculo que establece con el analista tiene una condición particular que lo diferencia de los otros vínculos de su vida. Mientras una parte pequeña de este vínculo (cuanto más pequeña mejor) sucede en la «vida real», la mayor parte sucede en el contexto acotado del encuadre analítico. Allí el vínculo es considerado a mitad de camino entre la realidad y la fantasía; entre el presente y el pasado. En otras palabras, el objeto del análisis es el vínculo mismo.

El analista intenta hacer conciente qué personaje de la historia pasada de su paciente está representando. Si lo logra, por el mismo hecho de haber comprendido, sus sentimientos hacia el paciente (su *contratransferencia*) inevitablemente cambian. Esto convierte al analista en un objeto inesperado para el paciente, ya que en lugar de ser otra «figurita repetida» de su historia, el analista se comporta de manera *diferente*. Esto constituye una experiencia nueva que comienza a reescribir la vieja y repetida historia.

La posibilidad que brinda la interpretación verbalizada de hacer esto conciente e integrarlo con otros aspectos de su vida, terminan de «fijar» este cambio; esta nueva manera de ser y sentirse en los vínculos. Pero, como se comprende, una golondrina no hace verano; una sola vez no basta para lograr cambios sustantivos o perdurables. Cuanto más se haya consolidado el carácter repitiendo, una y otra vez, «la misma historia» frustrante; cuanto más se hayan reiterado los hábitos de conducta inadecuados, el modo de ser, de pensar, sentir y reaccionar «neuróticos», mayor será la tarea que el tratamiento debe afrontar.

De modo que lo que nos proponemos como analistas es establecer con el paciente un vínculo «más sano» que los que tuvo en el pasado. Es natural, entonces, que nos interesemos por comprender cómo se establece un vínculo sano. O, lo que viene a ser similar, comprender qué y cómo, de esos primeros vínculos que forjaron su carácter, lo ha «enfermado». En otras palabras, intento trazar un cierto paralelo entre «cómo establecer un vínculo sano con el paciente» y «cómo criar a un hijo sano»; o, dicho más modestamente, tratar de identificar qué aspectos de la

crianza de los hijos resultan nocivos y son aquellos que, luego, como psicoanalistas, deberemos intentar corregir, en lugar de repetir.

Intentaremos reflexionar sobre qué sienten los padres frente a sus hijos y, sobre todo, cuál es la función que deberían poder cumplir. Luego, ver cómo lo que sienten puede perturbar el ejercicio de su función. Se trata, obviamente, de un tema inmenso del que solo podremos ocuparnos parcialmente. Dado que el objetivo final de estas reflexiones es «hacer un poco menos difícil la *profesión imposible*», cada vez que resulte oportuno, introduciremos paralelos entre la función de los padres en la crianza de los hijos y la función del psicoanalista en el análisis de los pacientes. Si algo de lo que podamos reflexionar además nos ayuda a ser también mejores padres, o ayuda a nuestros pacientes a ser ellos, mejores padres con sus propios hijos, estaremos desempeñando, entonces, una cierta *profilaxis psicoanalítica*.

Lo que ofrezco a continuación –a título muy personal– son un conjunto de reflexiones sobre las que vengo meditando desde hace mucho tiempo, a partir de «la vida que me tocó vivir» con mis hijos y con mis padres; con mis pacientes y con los analistas que me guiaron en la formación profesional; con mi esposa –madre de mis hijos– y con los colegas con quienes compartimos la responsabilidad de ejercer el psicoanálisis.

Ser padres como vivencia:

Tener un hijo es una de las experiencias emocionales más profundas de la vida si estamos dispuestos a vivirla con los «ojos abiertos». Tener un hijo hace que todo empiece a verse con otros ojos. Muchas de las cosas que hasta entonces pensamos y sentimos, cambian de signo y de prioridad. Nuestra manera de pensar sobre nosotros mismos y sobre la vida... sobre el pasado y sobre el futuro...

Tener un hijo nos hace sentir que somos parte del milagro de la vida... Nos permite sentir en primera persona, quizás por primera vez (y si no, de una manera nueva) que la vida es algo misterioso e inconmensurable... Que la vida es algo que nos atraviesa y continúa más allá de nuestra existencia individual... Es algo que nos trasciende y que, al mismo tiempo, nos hace trascender. Sentimos que formamos parte de una cadena y que somos nada más que un eslabón... pero tampoco nada menos. Es una experiencia que no se agota la primera vez, y se reitera con cada nuevo hijo.

Tener un hijo es una de las formas más acabadas de la materialización; es como haber concretado un fin ancestral. Es al mismo tiempo un enorme desafío. Sentimos que «ha llegado la hora de la verdad»; de «salir a la cancha» y ver de

qué «madera» estamos hechos. Ponernos a prueba y averiguar, por fin, lo que podemos y lo que no. Posiblemente, algo similar hayamos experimentado antes; al comenzar el colegio, al recibirnos, al ponernos de novio o casarnos... Pero tener un hijo dota a esta vivencia de un significado más profundo aún... Tener un hijo es algo más... Tener un hijo es para *siempre*... No es algo que si nos sale mal podamos empezar de nuevo otra vez; por eso lo que hagamos se nos antoja, de entrada, como algo decisivo.

Como ninguna otra cosa, tener un hijo nos «ata» a la vida otorgándole un sentido nuevo. De una manera distinta y más imperiosa, ahora sentimos que *debemos* seguir con vida, sobrevivir; debemos estar sanos y ser fuertes para él... De ahora en más, deberemos ser su *sustento* y su *modelo*; ya no hay excusas... tenemos que *poder*. Ya no podemos hacernos *hippies*, viajar por el mundo, escalar el Himalaya ni practicar el paracaidismo... No podemos darnos el lujo de jugar con nuestra vida, ni «rificarla» a suerte o verdad... No podemos darnos el lujo de fracasar o morir. Él nos necesita y cuenta con que nosotros podamos. Sentimos que él no pidió nacer; sentimos que fue algo que hicimos nosotros. Ahora es nuestra responsabilidad y, como mínimo, le debemos eso... Por lo menos intentarlo... hacer todo lo posible...

Independientemente de si lo hayamos «querido» o si ha sucedido «sin querer», tener un hijo es también dar satisfacción a un deseo largamente anhelado. Un deseo nacido del haber formado parte de una familia y haber sentido que eso era algo natural; algo dado. Y a partir de esa idea, imaginamos, desde la más tierna infancia, un futuro en el cual formaríamos una familia propia. Haber podido satisfacer ese deseo nos parece un testimonio de que somos lo «suficientemente buenos» y que nuestra capacidad de amar y reparar ha triunfado sobre los sentimientos hostiles y destructivos que también albergamos.

Tener un hijo es, por fin, poder ser *padre*. Es pasar a ocupar ese lugar que tantas veces anhelamos de niños. Sentimos que somos parte de una nueva historia que comienza; pero es una historia en la que «el protagonista» es nuestro hijo. Alguna vez, él narrará en primera persona esa historia en la que nosotros tendremos uno de los papeles principales; podremos ser el bueno o el malo, el salvador o el villano, pero nunca el héroe. Esto forzosamente nos lleva a repensar nuestra propia historia como hijos. Pensar acerca de los padres que, para bien o para mal, *tuvimos* y pensar, también, en los padres que queremos *ser*.

No sólo repensar el vínculo con nuestros padres como un *todo* sino también, separadamente, con nuestro padre y con nuestra madre. Y si volvemos la mirada a nuestra nueva familia y somos capaces de observar bien, vemos que el vínculo que nuestro hijo establece con nuestro cónyuge (su otro progenitor) no es igual al que establece con nosotros. Con nosotros se despliegan más fácilmente unas vivencias

y con nuestro cónyuge otras. Esto tiene que ver con el hecho de que uno es hombre y la otra mujer. Hijos e hijas son diferentes para hombres y mujeres.

El hijo de nuestro mismo sexo facilita particularmente que nos proyectemos sobre él a partir de la libido narcisista. Así nos replanteamos el vínculo con nuestro progenitor del mismo sexo, aquel con quien debíamos identificarnos; aquel que siempre quisimos *ser*. Esto nos enfrenta al desafío de ofrecernos como *modelo* de identificación. El padre del niño, con su propio padre; la madre de la niña con su propia madre. Como en una galería de espejos, nos vemos insertados en una serie que abarca, por lo menos, tres generaciones. Para cada cosa que pensamos acerca de la crianza nos surgen dos puntos de vista distintos: como hijo de nuestro padre y como padre de nuestro hijo.

El hijo del sexo opuesto al nuestro, en cambio, excita predominantemente la libido objetal. Nos lleva a repensar el vínculo con nuestro progenitor del sexo opuesto; el padre que siempre quisimos *tener* como objeto de amor. El padre de la niña, con su propia madre; la madre del niño, con su propio padre. Se trata de un amor menos condicionado al rendimiento; al *deber ser*. Aquí el desafío es un poco menor y la experiencia se nos antoja más relajada y gratificante. (Aclaremos –por si hace falta– que lo dicho vale solo en términos de *predominancias*, ya que ambos padres son, a la vez, modelo y objeto de amor, tanto para hijos como para hijas.)

Tener un hijo es, entonces, una experiencia muy intensa. Una experiencia capaz de sacudir nuestra personalidad desde los cimientos que la fundamentan y sostienen. En aquellos «sectores» más débiles la «estructura» de nuestra personalidad puede resquebrajarse. En la medida que esos sectores predominen, en lugar de «abrir los ojos» a una experiencia nueva, comenzamos a repetir «ciegamente» los viejos modelos vividos en el pasado con nuestros padres.

En esas circunstancias, por ejemplo, ser padres puede significar un triunfo sobre los propios progenitores, maníacamente alcanzado. Un triunfo de la rivalidad, de los deseos hostiles de venganza por los celos y la exclusión sufridos. Un triunfo que, así experimentado, transforma la condición de padres en algo demasiado persecutorio.

Desde estos conflictos, podemos hacer de nuestros hijos «instrumentos» que continúen la «pelea neurótica» con nuestros padres. Por ejemplo, podemos intentar ser buenos, permisivos y generosos con nuestros hijos (más allá de lo adecuado y saludable para ellos) con el solo fin de demostrarles a nuestros padres lo malos, prohibitivos y mezquinos que han sido con nosotros.

También, considerando crueles e injustos los sufrimientos que debimos atravesar, podemos querer evitar, exageradamente, todo sufrimiento a nuestros hijos; por ejemplo, si sufrimos por la falta de protagonismo, podemos colocar a nuestro hijo

siempre en el centro de toda escena. Como señalara Freud, convertimos a nuestro hijo en «su Majestad, el bebé». Además de lo dañino y artificial que puede ser esta situación para un niño, siempre alimenta en los padres una envidia inconciente por el hijo, en tanto creen que él tiene aquello que, a ellos, como hijos, siempre les faltó. Esta envidia, más tarde o más temprano, exhibirá sus consecuencias.

El amor que sentimos por nuestro hijo, se suele confundir y contaminar con la idea de *preferencia* (resabio de nuestro antiguo deseo de «ser el preferido»), que no es verdadero amor sino solo la transferencia narcisista de los ideales que no pudimos materializar: «él podrá todo lo que yo no pude». Es un amor que peca de egoísta y pusilánime por estar demasiado condicionado a un rendimiento desmesurado que opera en el hijo como una carga indeseable. Al mismo tiempo, el hijo que «podrá todo lo que el padre no pudo» se convierte para el padre en una amenaza; alguien que viene a derrotarlo y a exhibir, con su triunfo, el fracaso narcisista del padre.

Y así como a partir de los aspectos mal resueltos de nuestra personalidad, usamos a nuestros hijos como instrumentos de una demanda de indemnización hacia nuestros padres, apenas nuestros hijos experimentan dificultades, fracasos o sufrimientos, sentimos que la tortilla se da vuelta. Los mismos argumentos que esgrimíamos contra nuestros padres, ahora en boca de nuestros hijos, los sentimos contra nosotros. Ahora ellos son, para nosotros, representantes de nuestros padres, señalándonos otra vez nuestra debilidad, nuestra impotencia y nuestra falta. Como si un aliado nos traicionara. Como si un testigo de la defensa, pasara a testificar para la parte acusadora, desmoronando la «Causa contra nuestros padres» que venimos edificando desde nuestra infancia. Sentimos así que nuestros hijos se transforman en enemigos y los odiamos porque con su sufrimiento y sus dificultades, exhiben frente a todos nuestras imperfecciones y debilidades e invalidan todos nuestros reclamos.

No por tener un hijo y pasar a ser padres, necesariamente dejamos de ser hijos. Pero convertirnos en padres sí nos exige, de una manera nueva, dejar de ser niños o adolescentes y convertirnos en adultos (algo que es difícil de completar en todos los aspectos de la personalidad). Implica ser capaces de hacernos responsables de nuestra propia vida; principalmente, responsables por lo que en ella aún nos falta. Pero, además, al mismo tiempo implica ser capaces de asumir la responsabilidad por la vida de nuestros hijos; lo que ellos necesitan y lo que les hace falta.

Chiozza ha señalado que la expresión «tener un hijo» denota una falsa ilusión de posesión, y que más correcto sería decir que «inauguramos la vida de un hijo». A parte de coincidir con esta idea, me pregunto si la expresión «tener» referida a los hijos, «detrás» de la ilusoria posesión, no podría denotar veladamente la vivencia inconciente de estar frente a una responsabilidad ineludible; obligatoria. Más que una posesión que se concreta en un solo acto, el nacimiento de un hijo –aunque pueda sentirse como algo definitivo– nos coloca frente a la vivencia de una *tarea a*

futuro; de algo que recién comienza y que, nos guste o no, *deberemos* hacer. Tener un hijo es, entonces, un «*tener que*». Tener que asumir, de ahora en más, la indeclinable responsabilidad de ser padres.

Asumir esta tarea representa un cambio inmenso para el cual no siempre nos sentimos bien preparados. Se trata de un cambio madurativo profundo que no siempre se logra del todo. Implica la difícil tarea de abandonar definitivamente nuestros reclamos por lo que siempre anhelamos recibir y poder enfocarnos en el *hacer* y en el *dar*. Abandonar, muchas veces, el centro de la escena y cederlo, en su justa medida, a nuestros hijos que son más pequeños, más débiles y menos potentes que nosotros. Priorizar sus necesidades y comprender que ellos nos necesitan para poder crecer bien. De nosotros depende su crianza.

Esto no es fácil de lograr porque aún deseamos que nuestros padres continúen haciéndose responsables por nosotros; por nuestros fracasos; por todo lo que no pudimos; por todo lo que aún nos falta. De modo que esta transformación madurativa raras veces se cumple del todo y nunca se logra de una sola vez. Pero cuanto más podamos abandonar el reclamo y aceptar que nuestros padres pudieron lo que pudieron y que ahora nos toca a nosotros ver qué podemos y qué, no –con nuestra vida y con la de nuestros hijos–, también, en esa medida, nos sentiremos menos exigidos y perseguidos.

Podremos sentir que también nuestros hijos algún día, nos agradecerán por lo que habremos podido darles y nos perdonarán por lo que no. Si logramos esto, también sentiremos que independientemente de cuánto les hayamos podido dar, les habremos dado un buen ejemplo, que les permitirá, llegado el momento, hacer como hicimos nosotros y asumir la tarea de responder por lo que les falta. Podremos sentir que si bien no les dimos todo... les dimos un ejemplo valioso e importante para enfrentar las dificultades de la vida.

La vivencia de «ser padres» en el vínculo analítico:

Veamos ahora cuánto de lo que llevamos dicho se nos presenta en nuestros consultorios. Seguramente no es válido aplicar para el caso del análisis las reflexiones que hicimos acerca del milagro de la vida y su misterio, la materialización y la trascendencia. Obviamente tener un paciente –aunque en el caso del analista principiante, pueda ser todavía una experiencia bastante intensa– no es lo mismo que tener un hijo.

Pero recordemos que, en el análisis, por las condiciones del encuadre y por el hecho de que el vínculo con el paciente es objeto del mismo análisis, las transferencias suelen intensificarse y tomar un carácter más regresivo. Es casi una

regla que los pacientes se coloquen en el lugar de hijos y, nos guste o no, se relacionen con nosotros como si en nuestro pensar, juzgar y sentir, fuéramos iguales a los padres que tuvieron. Así las cosas, es inevitable que esto nos lleve a revivir, contratransferencialmente, muchas de las cosas que describimos al vernos ubicados en el rol de padres (tengamos o no, hijos) y que experimentemos con nuestros pacientes las mismas cosas que hemos experimentado con nuestros hijos, si los tenemos, o que podríamos experimentar –a partir de nuestra personalidad actual– si los tuviéramos.

De modo que casi todo lo que hemos dicho más arriba puede, de alguna manera aplicarse a las cosas que suceden, inconcientemente, en el vínculo entre el analista y su paciente. No vale la pena repetirlo.

Amén de lo dicho, sí vale la pena hacer notar que estos conflictos, en la contratransferencia *indirecta* del analista, con frecuencia aparecen *representados* con las figuras de sus «padres analíticos», como solía decir Racker. De modo que ser «analista-padre» de su «paciente-hijo» lleva al analista a experimentar en la contratransferencia indirecta sentimientos reprimidos hacia su propio «analista-padre», o su «supervisor-padre» y, quizás también, hacia la institución en la que se desempeña profesionalmente. Quizás una de estas figuras se preste mejor para representar al progenitor del mismo sexo, aquel que se presta como *modelo* de identificación, mientras que otra represente mejor al progenitor del sexo opuesto, aquel que se ofrece como *objeto* de amor. Estos conflictos con las figuras «parentales» de su actividad profesional son, por supuesto, reediciones de sus antiguos conflictos edípicos con los objetos «originales»; sus progenitores.

Pongamos un par de ejemplos muy esquemáticos para ilustrar lo dicho:

Un analista que, como paciente, en la regresión de su propio análisis espera que su analista le resuelva todas las dificultades que se le presentan, le evite todo sufrimiento, le permita alcanzar todos sus ideales y asuma la responsabilidad por los fracasos que experimenta, seguramente se sentirá muy perseguido frente a sus propios pacientes, imaginando en ellos, una demanda de análoga desmesura.

El sufrimiento de sus pacientes, la reiteración de sus síntomas o su falta de progreso, para este analista, serán sentidos como acusaciones que invalidan sus reclamos hacia su propio analista. Se sentirá abrumado, perseguido y lleno de hostilidad hacia sus pacientes. Sentirá que su trabajo en el consultorio, en lugar de ser una oportunidad para lograr la satisfacción profesional anhelada, es más bien lo contrario; es la postergación de la satisfacción que anhela *recibir* de su propio analista; es la exigencia de tener que *dar*, justo cuando más se necesita recibir.

Otro ejemplo podría ser el de un analista que, como paciente, experimenta el encuadre analítico como algo a lo que debe someterse sin poder protestar.

Acostarse en el diván, cumplir con la frecuencia de sesiones acordada, pagar puntualmente, abonar las sesiones a las cuales no concurre, aceptar los honorarios y sus ajustes, etc., son situaciones que, en su manera de sentir, repiten la vivencia de sometimiento «del hijo al padre», propio del Complejo de Edipo. Un sometimiento que, de mala gana aceptó, pensando que, mostrándose bueno y obediente, conseguiría de su analista todo lo que siente que tanto necesita.

La falta de elaboración de estos sentimientos inconcientes y reprimidos determinará que, como analista, se sienta ambivalente a la hora de establecer su encuadre de trabajo. Más allá de lo que le diga la teoría de la técnica, en su sentir inconciente, el encuadre es una imposición abusiva con la que el analista –como el padre de la horda primordial– busca ostentar su privilegio, sometiendo a los más débiles. En el fondo tiene muchos deseos de poder ejercer ese poder que imagina tiránico; pero también siente que todavía tiene mucho que recibir como hijo antes de querer ser el padre que debe dar lo que los hijos le reclaman.

Entonces, se siente en conflicto; se siente culpable de ser injusto y cruel con alguien que sufre. No desea «someter» a su paciente, como su analista lo «sometió» a él. Teme que su paciente pueda albergar los mismos sentimientos hostiles que él tiene por su propio analista. Además, siendo más tolerante y permisivo, busca demostrarle a su propio analista que él puede ser un analista más bueno y contemplativo; un analista mejor.

Pero por el otro lado, le disgusta tener tantas dificultades en el encuadre con sus pacientes. Se siente frustrado porque sus pacientes no aceptan acostarse en el diván, o porque no aceptan la frecuencia de sesiones necesaria, o porque le pagan tarde, o porque no le pagan cuando faltan, etc. Le parece, que su analista goza de un privilegio del cual él queda excluido; esto le provoca envidia y rivalidad. Siente que su analista tiene los mejores pacientes; pacientes que, como él, aceptan las reglas sin protestar y se someten. Él, en cambio, tiene que conformarse con los peores pacientes; pacientes que se quejan, se imponen, hacen lo que quieren y no aceptan ni respetan sus reglas.

De manera que, como analista, se le repite con sus pacientes el mismo sometimiento que, como paciente, experimenta con su analista. El mismo sometimiento que seguramente experimentó, de niño, con su padre. Como dijimos: lo que no se elabora, por un camino u otro, al final siempre se repite.

Antes de pasar al siguiente tema, todavía podemos trasladar al vínculo analítico otra de las reflexiones que hicimos en relación con el vínculo paterno-filial; me refiero a lo que describimos al hablar de los sentimientos que experimenta el progenitor por el hijo de su mismo sexo. En el caso del análisis, más allá de los géneros de paciente y analista, puede darse esta particularidad para el caso del paciente en «análisis didáctico». En efecto, el paciente «candidato» –también hijo

de la «madre-institución»—, facilitará que el analista proyecte sobre él, su pasado yo de «candidato». Así se verá exigido a satisfacer, como modelo de identificación para su paciente, las mismas exigencias que en su momento, como «paciente candidato», depositó sobre su propio analista «didáctico».

Ser padres como función:

Ser padres *biológicos* de un niño no es ser «padres» con todas las letras; no necesariamente implica «tener un hijo». Como señalamos, tener un hijo es algo más; es tener por delante una tarea para cumplir. Tenemos que mantenerlo, educarlo y asistirlo en su crecimiento y maduración; todo ello se suele englobar con la palabra *crianza* (algo tan imprescindible en la vida de todo niño que en portugués ese término se utiliza como sinónimo de «niño»).

Si bien los padres biológicos aportan su carga genética y, como psicoanalistas, reconocemos que una parte del carácter —el temperamento— se recibe también por herencia, a los fines del tema que nos ocupa, lo que nos interesa son principalmente las figuras que reciben las primeras transferencias durante la infancia; aquellos que ejercen la función de la crianza, modelando en el niño la estructura básica de su carácter. Obstfeld y colaboradores han subrayado acertadamente que, para poder convertirnos en verdaderos padres, no basta con haber engendrado un hijo; lo imprescindible es *adoptarlo*; es decir, ejercer la crianza asumiendo la *función parental*.

La función parental es aquello que subyace a las distintas actividades de la crianza. A mi entender, esta función puede dividirse en dos aspectos básicos: *proteger* y *preparar*. La protección está destinada a evitar que el niño enfrente situaciones que podrían dañarlo. La preparación, en cambio, consiste en ayudarlo para que, gradualmente y en su justa medida, pueda enfrentar la realidad sin sufrir daños irreversibles; en otras palabras, prepararlo para que necesite cada vez menos protección. Al principio, la protección será más relevante que la preparación; pero gradualmente, la preparación irá sustituyendo a la protección. Si ambas funciones se coordinan de manera adecuada, entonces el niño progresará desde la *indefensión* hasta la capacidad de *autodefensa*; de la *inermidad* hasta una adecuada *autosuficiencia*.

Dado que una buena protección, prepara, del mismo modo que una buena preparación, protege, podría argumentarse con cierta razón que ambas funciones se implican mutuamente y que, por lo tanto, son lo mismo. Sin embargo, creo que resultará más enriquecedor considerarlas diferentes, opuestas y complementarias. Este punto de vista se apoya en el hecho de que los caminos por los cuales cada una de ellas alcanza su cometido específico son opuestos. La protección evita el

daño *alejando* al niño del estímulo nocivo; lo separa, lo pone a resguardo. La preparación, en cambio, evita el daño *acercando* al niño a la dificultad, de manera gradual; creando las condiciones adecuadas para que el niño pueda encontrarse con la dificultad y enfrentarla, sin recibir demasiados daños. Con respecto al estímulo, entonces, mientras una separa, la otra va al encuentro. Mientras que la preparación lo lleva, despacio, *hacia adelante*, la protección lo pone, rápidamente, en retirada; *hacia atrás*.

Si un niño, por ejemplo, no es capaz de cumplir con su tarea escolar, hacerla por el niño sería una manera inmediata de *protegerlo* de las consecuencias escolares. En cambio, ayudarlo para que aprenda a hacerla solo, sería una manera de *prepararlo* para alcanzar, de a poco, el rendimiento escolar exigido.

En general para bien –aunque a veces también pueda ser motivo de conflictos– para llevar a cabo la función parental no estamos solos; el niño, en condiciones normales, tiene un padre y una madre. La diferente constitución de hombres y mujeres brinda a cada uno de los progenitores aptitudes específicas para ejercer mejor una función parental que otra. En términos de arquetipos, la mujer se suele sentir más consustanciada a ejercer la función de protección. Lo típicamente femenino supone, como bien lo representa el óvulo o el útero, la idea de la continencia. Así hablamos del hogar materno, la madre patria, etc. La «actitud maternal» protege al niño brindándole cobijo y refugio; ofreciéndole su seno, en donde el niño se puede sentir contenido y al amparo de las inclemencias del mundo. De esta manera, la «madre postnatal», se ofrece como un sustituto del ambiente prenatal en que el niño vivía *antes* de salir al mundo. Como si la madre transmitiera al niño el mensaje: «Si aún no estás listo para seguir adelante, podés volver atrás; volver adentro; venir conmigo».

El hombre, en cambio, se siente naturalmente más consustanciado con la función de preparación. Lo típicamente masculino supone la idea de salir; ir hacia afuera, penetrar el mundo –como bien lo representa el espermatozoide o el pene–. El hombre es el que sale al mundo a conseguir los recursos de la subsistencia; sale a la conquista y a la lucha. La «actitud paternal», a cambio del seno materno, le ofrece el mundo. El padre es el encargado de dosificar esa salida al mundo en la medida de las posibilidades del niño. El padre, entonces, estimula al hijo a enfrentar y superar las dificultades; a progresar; a ir hacia delante en el camino de la vida. Salir, justamente, del seno materno. El mensaje que denota la actitud paternal podría ser: «Ya no necesitás quedarte ahí, ya estás listo para avanzar; para salir, ver el mundo y probar cosas nuevas; vamos juntos, yo te ayudo».

De modo que podemos decir que el aspecto *femenino o maternal* de la función parental es la protección, mientras que el aspecto *masculino o paternal* de la función parental es la preparación. Evidentemente esto no significa que las madres no puedan preparar adecuadamente a sus hijos para enfrentar al mundo, ni

tampoco que los padres no sean capaces de protegerlos adecuadamente. Tanto unas como otros han sido criados, a su vez, por un padre y una madre y han incorporado modelos (más o menos adecuados) de ambas funciones. Teniendo en cuenta que nos referimos a arquetipos, digamos que la madre le permite volver *atrás*, mientras que el padre, en cambio, lo estimula a ir para *adelante*. La madre representa el *pasado* al que volver, mientras que el padre representa la promesa del *futuro* a conquistar; lo que vendrá. Esto ha sido representado por la adquisición de la marcha en la que el niño se suelta de los brazos de la madre para dar los primeros pasos que lo alejan de ella, dejándola atrás, y lo encaminan en dirección al padre que lo espera un poco más adelante. La situación inversa, el camino de vuelta a la madre desde los brazos del padre, le asegura al niño que salir al mundo no le impide regresar, luego, a la protección del hogar.

A medida que el niño crece y se va haciendo menos débil la necesidad de protección disminuye en la misma medida. También disminuye, entonces, su necesidad por la *función maternal*. No estamos afirmando que el hijo ya no necesite a su madre, como objeto de amor, como presencia en su vida –incluso como alguien que bien puede ejercer la función paternal–. Estamos diciendo que a medida que va creciendo y saliendo al mundo y viviendo nuevas experiencias, su crianza ya no pasa tanto por la *función maternal*.

Contrariamente, cuanto más crece el hijo, cuanto más contacto directo tiene con el mundo, más importancia va adquiriendo la *función paternal*; la adecuada preparación para ir superando dificultades que son cada vez más complejas. No obstante lo dicho, tengamos siempre en cuenta que la separación entre preparación y protección es esquemática.

Como dijimos, en condiciones ideales, la función maternal y paternal se coordinan armoniosamente para que la crianza y el desarrollo del hijo pueda darse sin demasiados tropiezos ni sobresaltos. El resultado debería ser un joven, casi adulto, adecuadamente preparado para salir al mundo y protegerse a sí mismo. Para esto es necesario que padre y madre tengan claro la importancia de ambas funciones y estén de acuerdo, en cada caso, en cuál es la función que se requiere ejercer y en quién de los dos es el más apto para ejercerla. Cuándo, quién y cómo debe proteger al hijo, y también, cuándo, quién y cómo, debe prepararlo.

Sin embargo, las cosas nunca son tan fáciles. Es lógico pensar que madre y padre hayan recibido, por su propia crianza, modelos distintos acerca de «lo que debe ser un buen padre» y «lo que debe ser una buena madre»; acerca de lo que significa «proteger» y lo que significa «preparar». En el mejor de los casos puede tratarse solo de una cuestión de estilos; como dice el chiste, mientras una madre italiana dice a su hijo «si no comés, te mato», la madre judía, en la misma ocasión, le dice «si no comés, me muero». Al fin y al cabo, somos seres sexuados y, como sabemos, la riqueza de la sexualidad consiste en la mezcla. Pero bien

puede suceder que uno o ambos hayan recibido modelos inadecuados; completamente inadecuados, o inadecuados solo para algunas situaciones. Modelos deficitarios de una sola función, o de ambas.

A esta dificultad podemos sumar otra más. Así como la constitución de género determina «aptitudes» específicas para cada una de las funciones parentales, en la contracara, encontraremos unas «ineptitudes» igualmente específicas con respecto de la función complementaria. No solo para ejercerla, sino principalmente para comprender su importancia y necesidad. Como se observa con frecuencia, la madre suele pensar que el padre expone al hijo a demasiados riesgos innecesarios; cree que, si el hijo se daña, en lugar de fortalecerse, terminará más amedrentado. «Este bruto me lo va a matar», piensa la madre. Con la misma frecuencia vemos que el padre suele pensar que la madre, en lugar de protegerlo, lo «sobreprotege», debilitándolo; que así el chico no será capaz de soportar la cruda realidad, la dura lucha por el sustento. «Me lo va a hacer maricón», piensa el padre.

Mucho menos enfatizada es la situación opuesta que podría darse en el caso de la hija mujer. Por ejemplo, la madre puede pensar que ya es hora de que el padre la prepare para enfrentar las dificultades del mundo, y si él no lo hace trata de hacerlo ella. El padre, contrariamente, piensa que la madre se comporta demasiado duramente con «la niña de sus ojos», e intenta protegerla él.

A lo que llevamos dicho, podemos sumarle todo lo que sabemos de la rivalidad, los celos y los sentimientos de exclusión en el triángulo edípico. Por ejemplo, cómo los padres temen ser sustituidos por sus hijos, en el matrimonio o en la vida; cómo exhiben el amor de pareja para proyectar sobre sus hijos los celos y la exclusión; o cómo utilizan a sus hijos para hacer sentir celoso y excluido a su cónyuge. Sumar también todo lo que hemos dicho al hablar de las vivencias conflictivas en que ser padres nos coloca. Un nutrido abanico de conflictos difíciles de resolver, algunos poco conocidos, que se perpetúan y repiten de generación en generación, abonando los consultorios de los psicoanalistas en una medida siempre menor de lo necesario y recomendable.

La función parental en el vínculo analítico:

Como ya dijimos, el objetivo del tratamiento psicoanalítico es modificar los aspectos del carácter que funcionan mal; aquellas fallas o mermas de la personalidad que ocasionan un sufrimiento innecesario. Una perpetuación de rasgos inmaduros –infantiles o adolescentes– que entretienen cuantiosas energías que, todavía dirigidas hacia los padres, se sustraen del trato con la realidad,

dejando al paciente en malas condiciones para enfrentar y superar los obstáculos que se le presentan para la prosecución de sus fines.

El psicoanalista, por decirlo de algún modo, debe corregir y terminar una tarea que quedó incompleta. Como explicamos al comienzo, comparamos la tarea del analista con la función parental porque el paciente, desde su inmadurez, incapaz de asumir su propia responsabilidad, proyecta sobre el analista a las figuras parentales.

De modo que si lo que el psicoanálisis se propone es ayudar al paciente a un mejor enfrentamiento con la realidad, se deduce que la función del analista es, en esencia, equiparable a la *función paternal* de «preparar». Si la deducción es correcta, entonces, todo analista –hombre o mujer– debe ejercer su función desde el rol masculino; todo analista debe ser para su paciente, un «padre».

Como ya dijimos, el paciente desde sus resistencias, inconcientemente busca proseguir y perpetuar el vínculo con sus padres de la infancia en el vínculo actual con su analista. Retomar los conflictos donde los dejó; repetir las mismas peleas, los mismos reproches, los mismos sentimientos de rivalidad, los mismos conflictos con la autoridad, los mismos celos, la misma excitación... Pero en el trasfondo de todas estas vivencias, busca que el analista asuma la responsabilidad por lo que aún le falta. Busca que el analista le ahorre el enfrentamiento con la realidad y, en cambio, le de «ya hecho» todo lo que necesita para poner fin a su frustración. El paciente, en las partes inmaduras de su personalidad, busca inconcientemente en su analista –sea hombre o mujer– una «madre»; alguien bueno y omnipotente, que lo acoja en su seno y le prometa que nada malo le volverá a pasar. Esto es más cierto, cuanto más enfermo y débil es el paciente.

Utilizando una metáfora de la orfebrería, Freud ha señalado que para que el tratamiento psicoanalítico sea sólido como una aleación estable, el «oro puro» del psicoanálisis se debe fundir con el «cobre» de la psicoterapia. Si a partir de lo que hemos dicho, el psicoanálisis, en su esencia más pura, es la función paternal que prepara al paciente para lidiar con la realidad, entonces la psicoterapia será esa cuota necesaria e inevitable de función maternal de protección. Algo especialmente necesario para el tratamiento de pacientes muy enfermos, muy débiles, muy dañados. Pacientes que ya no soportan el trato con la cruda realidad y, a punto de sucumbir, buscan en el análisis un oasis protector que introduzca un paréntesis en el trato con «el mundo cruel».

De modo que la misma continuidad que habíamos señalado entre la protección y la preparación, ahora la podemos hacer extensiva al «cobre» y el «oro puro»; a la psicoterapia y el psicoanálisis. Qué mejor manera de preparar para la realidad a estos pacientes tan débiles que empezando desde muy atrás; desde la necesaria protección. Recién cuando esta necesidad esté un poco más satisfecha, se

generará esa cuota mínima de autoestima necesaria como para atreverse a asomarse al mundo, en compañía de un «padre» que sirva de guía. Empezar a enfrentarse con el mundo, sabiendo que, de ser necesario, siempre se puede volver al amparo del seno materno.

Como sucede siempre, lo que resulta fácil de distinguir en los casos extremos, se vuelve terreno de debate en los términos medios. Quizás un analista –hombre o mujer– de carácter más «maternal», juzgando a los pacientes más débiles de lo que son, tenderá a poner demasiado «cobre» en su actividad reduciendo, innecesariamente, el valor del tratamiento. Disminuirá demasiado la abstinencia necesaria, permitiendo al paciente obtener demasiadas gratificaciones directas. Hará menos interpretaciones de las necesarias y abusará de las palabras de aliento y reaseguramiento. El analista intentará emular a una «gran madre», con un pecho generoso. Su trabajo podrá ser más agradable para el paciente, pero el progreso será demasiado escaso.

Resulta más difícil poner el ejemplo contrario, porque damos por supuesto que para que el psicoanálisis siga siendo de «oro» –o sea, para no desvirtuar su esencia–, la proporción que debe agregarse de «cobre» necesariamente debe ser pequeña. No obstante, intentaremos imaginarnos un psicoanálisis al que le falta psicoterapia en su justa dosis.

Un analista –hombre o mujer– de carácter más «paternal», juzgando a sus pacientes más preparados de lo que están, mantendrá la abstinencia a rajatabla, no consintiendo ninguna «gratificación directa». El tratamiento, demasiado rígido, se volverá también demasiado frágil a la hora de intentar superar las resistencias de los pacientes más débiles; aquellos menos dispuestos a enfrentar la realidad. No percibirá las desventajas de los prolongados silencios incómodos; creará que ahorra camino «llamando a las cosas por su nombre» sin comprender que, cuando la cuesta es muy escarpada, a veces los rodeos son el único camino posible. Creará que la esencia de su trabajo es la lucha encarnizada contra la resistencia, sin comprender que también la resistencia tiene sus motivos atendibles. Confundirá la enfermedad del paciente con simple «flojera»; como si se tratara de falta de voluntad para estar sano. Su trabajo será demasiado ríspido, demasiado árido. En definitiva, será presa del *furor curandi* que hará que más pacientes de los necesarios queden en el camino por no poder seguir el ritmo de la marcha que propone.

Pero quisiera insistir en esto una vez más: A pesar de que el paciente, desde su inmadurez neurótica, desee un analista maternal que lo proteja, lo que verdaderamente necesita, para superar esa misma inmadurez, es un analista paternal que lo prepare para la inevitable tarea de enfrentar la realidad. La protección maternal que busca es solo una ilusión y, como tal, más tarde o más

temprano desembocará en desilusión. En otras palabras, pudiendo recibir oro, no debería exigir ni conformarse con cobre.

La función parental en la adquisición de la responsabilidad:

Como ya dijimos, ser responsable implica ser capaz de responder; responder por las propias acciones, pero también por lo que uno es, lo cual incluye también lo que uno *no es* y le falta. Como esto supone responder en la realidad, asumiendo lo que «realmente» somos, evidentemente se trata de algo más relacionado con la función paterna. Damos por sentado que esta capacidad de responder por lo que uno es y puede, es algo que –en el mejor de los casos– se adquiere progresivamente, a medida que el sujeto crece, se desarrolla y progresa a través de las distintas etapas madurativas. Es algo que –siempre en el mejor de los casos– culmina en la adultez, a punto tal que esta capacidad es la que mejor define a esa etapa.

Se comprende fácilmente que, si los padres no han madurado en su carácter lo suficiente y, como si todavía fueran niños o adolescentes, irresponsablemente esperan que sean sus propios progenitores los que asuman la responsabilidad por lo que ellos no pueden, entonces no podrán preparar adecuadamente a su hijo para asumir, a su debido tiempo, su propia responsabilidad, ni tampoco podrán ofrecerse como un adecuado modelo para su hijo, en ese aspecto tan importante. Esto resulta tan evidente que no valdría la pena abrir un apartado si no fuera porque me propongo llevar las cosas un poco más lejos.

Cuando un hijo nace es natural y esperable que le prodiguemos todo nuestro afecto. Como se desprende de lo que describimos al principio, ya desde el primer día, el hijo pasa a ocupar un lugar importantísimo en la vida de los padres. Sin embargo, cabe hacer notar que el niño aún no ha hecho nada tan valioso como para merecer tanto amor de nuestra parte. En efecto, esos sentimientos ya se hallaban presentes «antes» de la llegada del niño, ya que él, antes que un sujeto fue una «idea» concebida en el alma de sus padres. Una idea que es también un ideal. Qué duda cabe que el inmenso amor que experimentamos por esa criaturita que recién acabamos de conocer no proviene de lo que es, sino de lo que nosotros imaginamos, esperamos y deseamos que algún día *llegue a ser*.

De modo que en nuestro ánimo un hijo, antes que una *persona*, es principalmente un *personaje*. Un ideal construido a la medida de nuestros sueños y deseos insatisfechos. Incluso el nombre que le damos, aún no le pertenece; es el nombre de un personaje de nuestra historia con el que inconscientemente deseamos que nuestro hijo se identifique algún día.

En condiciones saludables, a medida que pasan los días, los meses y los años, vamos conociendo mejor a nuestro hijo; reconocemos en él cualidades que no habíamos imaginado. Su particular manera de prenderse al pecho, la enternecedora seriedad de sus enojos, la manera de frotarse los ojos cuando tiene sueño, el remolino que le forma el pelo en la cabeza, la paz que irradia cuando duerme... De a poco y gradualmente, se va transformando para nosotros en una persona. Una persona que hemos visto nacer y crecer, a cuya presencia nos hemos habituado entrañablemente. La cuota de «personaje» que tiene para nosotros se va equilibrando paulatinamente con la cuota de persona real.

Por eso perder un hijo recién nacido es una tragedia muy distinta a la de perder uno de, por ejemplo, 17 años. En el segundo caso mucho de lo que sufrimos se debe a la pérdida de lo que fue y ya no es; en cambio, en el primero el sufrimiento casi exclusivamente se debe a lo que no fue, pero podría haber sido. La pérdida de un hijo recién nacido es, como se observa, más sustituible; y de lograr hacerlo, la pérdida se puede superar mejor. La pérdida de un hijo adolescente, en cambio, es algo muy difícil de superar; justamente porque es absolutamente irremplazable.

No me parece mal que sintamos tanto afecto por un hijo al que aún no conocemos. Si lo pensamos como una estrategia de la Naturaleza para asegurar la supervivencia de la cría, parece muy acertada. Una «dotación de afecto» parangonable con la dotación de leche que espera al niño a la salida del útero asegurándole, por un cierto tiempo, un «crédito de alimento».

Sin embargo, tomar conciencia de que el hijo que nace es, para los padres, más un personaje que una persona, tiene algo de inquietante... Si estamos de acuerdo con lo dicho hasta aquí, entonces solo resta enhebrar la conclusión inevitable: ¿por qué debería nuestro hijo responder por todo lo que recibe, si no es algo producido por él y que ni siquiera está dirigido a lo que él, verdaderamente, es?

Me parece que esto nos permite darnos cuenta de que educar a nuestros hijos en la adquisición y el ejercicio de la responsabilidad supone también poder darles la categoría de «personas», lo antes y lo mejor posible. La falsa ilusión de posesión, presente en la expresión tan utilizada de «tener» un hijo, revela que, en una parte importante de nuestro ánimo, consideramos que nuestros hijos son *para nosotros*; para nuestro disfrute y satisfacción. Como si en lugar de personas fueran algo menos... como las mascotas.

Un día queremos que nuestros hijos sean grandiosos, omnipotentes, y que puedan todo lo que nosotros no pudimos; y, entonces, nos disponemos a servirlos como si fuéramos los más devotos súbditos del rey. Pero al día siguiente ya nos sentimos abrumados con el «tirano» y con la pesada carga de la crianza y, entonces, queremos que sean autosuficientes y capaces de hacerse cargo de sus cosas: hacer la tarea, cuidar sus útiles escolares y estar bañados a la hora de cenar. Unos

días más tarde, lo que nos abrumba ahora son otras responsabilidades; por ejemplo, laborales. Entonces queremos que, otra vez, sean dependientes para poder tener la excusa de que si fracasamos en otros ámbitos es porque «siempre hemos privilegiado la crianza de nuestros hijos». Un día estamos con ganas, y nos los llevamos a la cama para dormir juntitos; pero al otro estamos cansados y nos exaspera que se despierten a la madrugada y quieran dormir con nosotros.

Como sabemos, los niños captan nuestros deseos inconcientes y responden a ellos, porque los deseos inconcientes siempre tienen más poder que los concientes. No porque representen más genuinamente lo que de verdad deseamos, sino porque al estar reprimidos ganan poder y autonomía. Percibiendo estos deseos contradictorios, los niños no se sienten queridos por lo que ya son, sino como promesa de lo que deberán ser, pero aún les falta. Sienten, entonces, que para ganarse el amor deberán satisfacer todo lo que proyectamos en ellos; por más imposible y contradictorio que pueda ser. Me parece que en la medida en que se sienten una pantalla de proyección para nuestros ideales, en esa misma medida, se sienten irresponsables de lo que son.

Me parece también que cuanto más podamos verlos, tratarlos y apreciarlos por lo que son –y no por lo que quisiéramos que fueran–, cuanto más podamos darles el trato respetuoso que merece toda persona, más los ayudamos a que ellos mismos reconozcan lo que son. Si los podemos aceptar por lo que son, los ayudaremos, con nuestro amor genuino, a aceptarse y amarse a sí mismos en sus cualidades reales. Si podemos aceptar y tolerar sus defectos y sus faltas, sin que el amor verdadero disminuya, los estaremos ayudando a aceptarse con defectos y faltas. Dejaremos entonces que surja en ellos el deseo propio y la propia necesidad de rellenar lo que les falta; de ser mejores... de poder más... No para nuestra satisfacción ni como condición de nuestro amor, sino para satisfacer sus propios deseos y necesidades.

Vinculado a este tema no quisiera dejar de mencionar otro, que me parece de capital importancia. Así como al principio, el amor que profesamos a nuestros hijos no está dirigido a ellos sino a un personaje, lo propio sucede con el amor que ellos nos profesan a nosotros, sus padres.

Independientemente de las virtudes que, como padres, podamos tener, una parte importante del «amor» que nuestros hijos tienen por nosotros no es amor genuino sino solo dependencia. Nos necesitan para sobrevivir. No pueden darse el lujo de perder nuestro afecto, nuestra mirada de aprobación y nuestra sonrisa. Y cada vez que sienten que pierden esas cosas, entran en pánico y se desesperan por recuperarlas como mejor pueden.

Lo que me interesa destacar es que un amor tan incondicional, a pesar de que para ellos es necesario, para nosotros no es del todo saludable. Es un poder que nos brinda absoluta impunidad y por lo tanto nos corrompe. Debemos tenerlo muy presente y tener mucho cuidado de no incurrir en el «abuso de poder». No porque seamos malos, pero a veces... perdemos los estribos. Y lamentablemente son ellos las perfectas víctimas para que nos descarguemos, ya que, dado lo incondicional de su «amor», tenemos la ilusión de que no habrá consecuencias. Si deseamos descargar nuestras frustraciones con la empleada doméstica, ella puede renunciar; nuestro jefe, en el trabajo, nos puede despedir, los amigos se pueden ofender, nuestro cónyuge se puede divorciar, pero los hijos... ¿qué van a hacer?

Como a casi nadie más, a nuestros hijos podemos maltratarlos, humillarlos, rebajarlos... Obligarlos a cumplir el rol de tontos para que podamos sentirnos inteligentes; obligarlos a sentirse culpables de cosas que ni siquiera comprenden, para que nos podamos sentir inocentes... «¡Mirá lo que me hiciste hacer!» Podemos mentirles impunemente tantas veces como queramos; «¿Me comprás...? – ¡No tengo plata!». Podemos ser los dueños irrestrictos de la verdad. Incluso si les pegamos, no tienen más remedio que pedir perdón y seguir queriéndonos. Un poder tan ilimitado e impune es muy peligroso. Exige de nosotros un gran equilibrio y una inmensa responsabilidad.

Somos más fuertes que ellos; y ellos dependen de nosotros, pero esto no es para siempre... El daño que les hagamos pronto aprenderán a hacérselos a sí mismos; y más tarde se lo harán a sus hijos y también a nosotros, cuando ya seamos más débiles y menos necesarios para ellos. Nuestra tarea es ayudarlos a construir su autoestima y es una tarea que lleva tiempo; es una pena retroceder tantos casilleros por una mala tarde en la que «se nos pelaron los cables».

Es importante que recordemos y tengamos muy presente que son personas y que merecen respeto. Creo que respetándolos como personas no corremos el riesgo de exagerar. Aprender a respetarse a sí mismo y a los demás es uno de los preparativos más útiles y valiosos para la vida en sociedad. Nos enseña a tratar a los demás tomando como parámetro el trato que nos gustaría recibir a nosotros. Aunque es algo difícil de implementar, resulta sumamente útil; principalmente porque es algo que en la sociedad de nuestros días escasea bastante.

La adquisición de la responsabilidad en el análisis:

Si bien es claro que existen diferencias importantes entre un niño y un paciente adulto, hay algunas particularidades del tratamiento psicoanalítico que hacen que lo dicho en el apartado anterior, en alguna medida variable, pueda trasladarse al vínculo entre paciente y analista.

A diferencia de lo que sucede entre padres e hijos donde la crianza es un aspecto muy importante del vínculo, pero no el único, todo el tratamiento psicoanalítico está centrado en la adquisición de responsabilidad por parte del paciente. Hacer consciente lo inconsciente, hacer que partes del ello pasen a formar parte del yo, integrar los aspectos disociados, hacer el duelo por la falta, materializar los ideales, o como quiera que definamos la meta del análisis, siempre involucra adquirir mayor responsabilidad.

Todos y cada uno de nosotros debemos vivir con las consecuencias de lo que hacemos y dejamos de hacer. Como se suele decir, la penitencia ya viene incluida en el pecado; no es algo que sucederá después y que todavía podemos negociar. De modo que la irresponsabilidad es solo una ilusión; algo que nos aparta de la realidad y por lo tanto genera más consecuencias indeseables. Distrae energías valiosas que mejor haríamos aplicándolas a reparar cuanto antes los daños. Perdemos un tiempo valioso tratando de negociar con alguien que solo existe en nuestra imaginación; de modo que el sufrimiento que le dedicamos a ese personaje inexistente, no tiene ninguna utilidad. Cuanto antes asumamos que, nos guste o no, inevitablemente ya estamos respondiendo; que nuestra vida, tal como es, es la consecuencia de lo que hicimos y hacemos, entonces antes nos libraremos de todos los fantasmas que nos persiguen y podremos intentar hacer más y mejor.

De manera que todo lo que pueda ayudarnos a lograr esa tarea será bienvenido y todo lo que nos aleje de esa meta deberá ser tenido en cuenta para tratar de evitarlo. La dependencia del niño hacia sus padres, que favorece un abuso de poder y lo irresponsabiliza, también se presenta en el análisis favorecida por la regresión propia del método. Esa regresión tiene una cierta ventaja operativa, pero también tiene un aspecto indeseable en tanto aleja al paciente de la actitud adulta, que siempre es la meta. Debemos tener cuidado de no adoptar actitudes que innecesariamente incrementen esa dependencia, «infantilizando» al paciente.

Respetar al paciente en calidad de persona adulta no solo implica tratarlo como nos gustaría ser tratados (lo cual, lamentablemente, no siempre sucede) sino sobre todo respetar su derecho a decidir sobre su propia vida. Reconocerle este derecho lo ayudará a tomar conciencia de que también, como adulto, tiene la ineludible obligación de responder por lo que suceda en ella.

El derecho a decidir sobre su propia vida –entre otras muchas cosas– incluye también decidir sobre su enfermedad y sobre la forma en que crea conveniente ocuparse de ella. Esto, lógicamente, no significa que el tratamiento tenga que hacerse a la medida de sus deseos y fantasías. También el analista merece respeto y no puede obligárselo a trabajar de una forma en la que no se siente cómodo o sobre la cual descrea. Pero me parece importante que seamos capaces de aceptar,

sin enojo, sin reproches y sin amenazas, que el paciente pueda no querer, por ejemplo, seguir con el tratamiento o quiera interrumpirlo por tiempo indeterminado. Asusta ver con cuánta frecuencia los analistas enfrentan estas situaciones con la actitud amenazadora de que no hay vida posible más allá del análisis.

Si no somos capaces de hacer el duelo por no haberlo analizado mejor, por no haber podido generar en él una mayor convicción acerca del valor del análisis, si no somos capaces de hacer el duelo por el paciente que ya no tendremos, si no podemos asumir la responsabilidad de resolver por nuestra cuenta la dificultad económica en la que su decisión nos coloca, ¿con qué derecho pretendemos que él, que se supone que es el neurótico, haga todas esas cosas que nosotros, los analistas, no somos capaces de asumir?

Mientras siga vigente el contrato que hemos establecido, estamos autorizados a darle nuestro mejor consejo acerca de lo que, auténticamente, pensamos que es mejor. Será el consejo de un adulto que «quizás» sabe más, a otro adulto que «quizás» –y solo quizás– sabe menos. Pero si pretendemos disfrazar de consejo lo que pretende ser una amenaza, nos estamos alejando de la meta que nos proponemos alcanzar. Y para peor, nos estamos comportando de manera tristemente infantil (en el peor sentido de la expresión).

La función parental en el establecimiento de límites:

El establecimiento de límites es una parte importante de la función parental que busca, como dijimos, proteger al hijo en su enfrentamiento con la realidad y prepararlo para lidiar con ella. Cuanto mayor sea el éxito de los padres en su trato con la realidad, en mejores condiciones estarán para ejercer la función parental. Este éxito depende en gran medida de la capacidad que hayan desarrollado para *conocer* la realidad y para *anticipar* sus consecuencias, a largo plazo.

Evidentemente no es lo mismo descubrir que el hijo está teniendo dificultades con el estudio en junio, cuando a pesar de que él dice que está «todo bien», no lo vemos estudiar lo suficiente, que descubrirlo al leer el boletín final que nos informa que se lleva 9 materias a diciembre y 4 a marzo. No es lo mismo descubrir que fuma marihuana cuando recién comienza a hacerlo, que meses después de que ha empezado a consumir cocaína. De modo que cuanto más lejos seamos capaces de anticipar las consecuencias, en mejores condiciones estaremos de proteger y preparar a nuestros hijos.

Sin embargo, cuando las consecuencias del límite que necesitamos poner no son evidentes en lo inmediato, nos encontramos con una dificultad adicional, que nos

coloca frente a un conflicto afectivo difícil: nuestro hijo –cuanto más pequeño, peor– no alcanza a comprender la necesidad del límite y piensa que lo hacemos «de puro malos que somos».

Nos resulta tan difícil tolerar que nuestros hijos no nos quieran ni nos comprendan que a veces nos inclinamos a pensar que todo el conflicto es de ellos. Si bien es cierto que a los niños pequeños les cuesta mucho aceptar los límites –tema del que nos ocuparemos un poco más adelante– lo que me interesa hacer notar ahora es el desplazamiento del verdadero punto del conflicto. Este desplazamiento genera una idea exagerada (que tiene bastante consenso, pero solo entre los padres), según la cual, «los niños son así; no aceptan límites; ponerlos es imposible y hay que aguantarlos así como son».

Esta idea parece olvidar lo efectivos y poco ambivalentes que son esos mismos padres cuando el niño quiere meter los dedos en el enchufe, cruzar la calle, asomarse a la escalera o agarrar un cuchillo. Sucede que frente a lo inmediato, evidente y catastrófico de la amenaza que el límite busca evitar, el amor de los padres por el hijo termina imponiéndose sobre la necesidad que tienen de ser queridos por él. Esto revela que la dificultad de los padres para poner otros límites estriba en que, en esos otros casos, *necesitan* que sus hijos comprendan los motivos del límite para que no se enojen con ellos.

Entre los límites que exige la realidad hay un grupo muy importante cuyas consecuencias suelen ser *indirectas* y por lo tanto difíciles de identificar. Son los límites que exige la «Sociedad», determinados por la cultura y que regulan el trato entre las personas. Establecer este tipo de límites, muchas veces resulta más difícil porque en estos casos, no solo el niño, sino tampoco los padres alcanzan a ver del todo claro cuáles son los motivos de determinadas normas sociales. A los padres no les resulta evidente cuáles son las consecuencias que el límite busca evitar. Por ejemplo, se preguntan por qué es importante que el niño salude a las personas adultas, agradezca los regalos, o permita que sus padres atiendan a los invitados, o puedan conversar con ellos.

Sin embargo, identificar esas consecuencias sociales no debería resultar tan difícil; basta con que los padres evoquen lo que sienten frente a los hijos de los demás, cuando sus respectivos padres les permiten comportarse sin miramiento hacia las otras personas. Pensar luego que esos mismos sentimientos de antipatía y rechazo que experimentan hacia los hijos de los demás, despiertan sus propios hijos en otros.

Ocupémonos ahora del tema que pospusimos: las dificultades del niño para aceptar los límites que sus padres buscan imponer.

Una de las cosas que más nos conmueven cuando tenemos un hijo es comprobar la fuerza desmesurada con la que los niños experimentan sus deseos. A veces uno tiene la impresión de que más fácil sería separar a un tigre de su presa, que a un niño pequeño de su juguete preferido. Uno tiene la impresión de que desean con mucha más fuerza que los adultos, y nos sorprende que un deseo tan intenso pueda caber en un cuerpecito tan pequeño. Y como no pueden lidiar, por sí solos, con esos deseos, tarde o temprano, los padres terminamos marchando al ritmo de los deseos de nuestros hijos.

A diferencia de nosotros, que además de criarlos, tenemos que trabajar, pagar cuentas y otras muchas cosas que hacer, ellos no parecen tener otra cosa que hacer en la vida que luchar por lo que quieren. Es cierto que también nosotros estamos luchando por las cosas que queremos; pero mientras nosotros buscamos satisfacer nuestros deseos en la realidad –al menos en la parte adulta de nuestra personalidad–, ellos pretenden, con cierto derecho, que seamos nosotros quienes nos encarguemos de satisfacer sus deseos.

La razón de que los deseos del niño sean tan intensos radica en el escaso dominio que tiene sobre la realidad. Si un bebé, por ejemplo, estando en brazos de su madre, descubre un objeto que excita su curiosidad, basta que su madre decida girar un poco para que él ya no pueda seguir viendo lo que tanto le interesaba. Todo su mundo se mueve; va y viene; mientras él permanece a merced de que lo muevan. Con niños un poco mayores, los ejemplos serían distintos, pero no menos traumáticos. Esa falta de dominio sobre la realidad es fuente de una frustración muy intensa; y es, justamente, esa frustración la que genera esos intensos deseos, sobre los que tampoco tienen demasiado dominio. Como vemos, no se trata –como suele pensarse– de que los niños no soporten la frustración sino, al contrario, que ya están soportando *demasiada*.

Como haría cualquier adulto neurótico, para defenderse de esta penosa situación intentan proyectarla sobre las personas que tienen más cerca: sus padres. De modo que cuando logran dar vuelta las cosas, son los padres quienes experimentan la dificultad para lograr la satisfacción requerida. El niño se convierte en el «tirano» que gobierna la vida familiar y los padres, a las tres de la madrugada, están en la farmacia de turno comprando un chupete.

Si los padres no logran satisfacerlo o no acatan su voluntad, la defensa del niño fracasa. El niño vuelve a experimentar el peligro y la indefensión frente a un mundo al que no domina; se siente solo frente a sus deseos y se desespera. El razonamiento que anima la lógica de su conducta podría expresarse así: «*Todo* debe ser como yo quiero; porque si *algo* no es como yo quiero, entonces puede suceder que *nada* sea como yo quiero, con lo cual estoy perdido».

Por este motivo, decirles que no cuando quieren algo y sostenerlo frente a su tenaz insistencia suele ser tan difícil... Nada tiene de malo si alguna vez, auténticamente, cambiamos de opinión luego de constatar, por ejemplo, la importancia de su deseo en la dificultad que tiene para acatar el límite. Pero si esto sucede con demasiada frecuencia, puede terminar confundiendo al niño.

A veces, temerosos de que, si accedemos rápidamente a sus demandas, detrás de éstas vengan otras y otras más, adoptamos una actitud de «regateo». Empezamos diciendo que no, con el calculado fin de testear cuánto sufrimiento le ocasiona la negativa; pero ya de entrada sabemos que, si el sufrimiento es intenso, entonces, accederemos a su demanda. El niño rápidamente aprende que nuestro «no» significa que debe demostrar –incluso fingiendo– intenso sufrimiento para obtener lo que quiere; en otras palabras, que las cosas se obtienen llorando. Este «entrenamiento» en la capacidad de extorsión melancólica y sus consecuencias han sido descritos por Chiozza y colaboradores mucho mejor de lo que puedo repetir aquí.

Teniendo en cuenta, entonces, (a) la intensidad con que el niño experimenta sus deseos, (b) su libre disponibilidad para insistir en lo que quiere y (c) lo nocivo de no sostener una negativa ya formulada por nosotros, deberemos elegir muy bien las batallas en las que nos habremos de embarcar; porque nunca es bueno comenzar una guerra que no se puede ganar. Antes de responder a su demanda, tomémonos unos momentos para pensar bien qué responder; reservemos, el «no» para las cosas más importantes. Si ya intuimos que vamos a *terminar* diciendo que «sí», nos ahorrará muchas energías, sufrimientos y disgustos, *empezar* diciendo que sí. Nuestros hijos lo agradecerán.

Si en ciertas ocasiones no estamos seguros de qué conducta tomar, nada malo sucederá si le mostramos al niño nuestras dudas. Para él nuestra opinión, cuando es sincera, siempre es importante; y si no le mentimos ni fingimos, tampoco él nos mentará ni fingirá más sufrimiento del que siente. Si, antes de responder, necesitamos saber cuánta fuerza tiene su deseo, es mejor que se lo preguntemos; o que lo averigüemos de alguna manera que no implique «sacar de mentira verdad».

Si logramos mantener las cosas dentro de lo saludable y no hemos estropeado demasiado nuestra reputación, para el niño quedará implícito que, si decimos que «no», tendremos nuestros motivos. Quedará implícito también que, directa o indirectamente, la razón de la negativa radica en que pensamos que eso lo mejor para él. Porque, aunque a veces la razón de la negativa pueda residir en nuestras propias necesidades y no en las del niño, que nosotros estemos bien y que la crianza no nos dañe, también es algo muy importante para él.

Los niños no necesitan que seamos perfectos. Sólo necesitan que seamos *adultos*; que seamos capaces de tomar decisiones asumiendo la responsabilidad por lo que decidimos. Nada tiene de malo que, luego de la negativa, frente a su sufrimiento, tratemos de consolarlo. Pero pretender que el niño nos comprenda, que acepte nuestras complejas justificaciones y que nos alivie la culpa por haber dicho que no, es pretender que el niño comparta la responsabilidad con nosotros. Esto le provoca inseguridad y mucha intranquilidad, porque le demuestra que nosotros, quienes deberíamos protegerlo, no somos capaces de lidiar con las consecuencias de las decisiones que tomamos.

Si en cambio, podemos sostener la decisión, sin enojo, sin reproche y sin culpa, le estaremos demostrando que, para nosotros, protegerlo y prepararlo para la vida, es más importante que el cariño que nos quiere quitar; que nuestro amor por él es lo bastante fuerte como para resistir su enojo. Le demuestra, también, que nosotros estamos seguros de que nada tan dañino, malo o peligroso le sucederá si se frustra. Que nosotros sabemos que, aunque sus deseos sean intensos, con nuestra ayuda, él es capaz de soportarlos. Esto aumenta su seguridad; la confianza que tiene en nosotros y, por lo tanto, también, su confianza en sí mismo.